

Las leyendas que nunca escribió Emilia Pardo Bazán (un desconocido proyecto de juventud)

Ana M^a Freire López
UNED, MADRID

EN LOS ESTUDIOS LITERARIOS predomina la atención a la creación literaria como *resultado*, a los textos, publicados o inéditos. El estudio de la creación literaria como *proceso*, la génesis de la obra de un determinado autor, desde que la concibe hasta que llega al lector, es menos frecuente, en gran medida porque una investigación de este tipo implica no sólo disponer de los manuscritos, de los textos originales—además de los impresos—, sino también de otros autógrafos del escritoresbozos, proyectos incumplidos, planes modificados—que ponen de manifiesto la gestación de una idea, la selección de un tema, o la elección de una determinada técnica entre varias posibles.

El haber manejado durante un largo periodo de tiempo los papeles de Emilia Pardo Bazán, con motivo de una investigación sobre esta autora¹, y el hallazgo de un proyecto literario de época muy temprana, con esbozos de algunos trabajos que nunca llevó a cabo, me permite ahora no sólo dar a conocer un interesante manuscrito inédito², sino también contribuir con una pequeña aportación al esclarecimiento de su proceso creativo y de su método de trabajo, y al mejor conocimiento de la etapa más temprana de la creación literaria de Emilia Pardo Bazán.

El manuscrito, una única hoja de 22 x 32 cm, escrita por las dos caras, contiene el proyecto, no concluido, de un volumen de leyendas, que incluye doce títulos, a cada uno de los cuales sigue un breve resumen del argumento que habría de desarrollar. En realidad en la hoja hay dos proyectos, o la evolución de uno, porque en el anverso doña Emilia comenzó escribiendo: «*Planes y bosquejos de dos cuentos para el 1er compromiso que tenga de un trabajo literario corto*». A lo que añadió, sin duda después de esbozados los argumentos de éstos³: «*Servirán pa un tomo de leyendas*». Y encabeza

¹ Ana M^a Freire López, *La Revista de Galicia de Emilia Pardo Bazán (1880)*. Estudio y edición. La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1999.

² El manuscrito se encuentra en el archivo de la Real Academia Galega, a la que agradezco las facilidades para su estudio y reproducción.

³ Se ve obligada a interlinear, con letra más pequeña, las dos últimas palabras, antes del título de la primera de las leyendas, ya escrito.

el reverso de la hoja con unas palabras que revelan que había ido madurando el plan: «*Se dividirá el tomo en 2 partes: siglo XIII y siglo XIX*».

Desde luego se trata de un proyecto de juventud, que yo, por razones que expondré, fecharía hacia 1879 o 1880, recién publicado *Pascual López*, en plena dirección de la *Revista de Galicia*, y cuando está preparando *San Francisco de Asís*, que aunque no se publicaría hasta 1881, se gestaba ya en 1879⁴.

En el prólogo de *Cuentos de amor* (1898) escribió doña Emilia unas palabras que viene al caso recordar:

Cuento original que no se concibe de súbito, no cuaja nunca. Días hay (...) en que no se me ocurre ni un mal asunto de cuento, y horas en que a docenas se me presentan a mi imaginación asuntos posibles, y al par siento impaciencia de trasladarlos al papel. Paseando o leyendo, en el teatro o en ferrocarril, al chisporroteo de la llama en invierno y al blando rumor del mar en verano, saltan ideas de cuentos con sus líneas y colores, como las estrofas en la mente del poeta lírico, que suele concebir de una vez el pensamiento y su forma métrica.

De lo que no teníamos noticia es de que la costumbre de tomar notas de los argumentos que la asaltaban, pensando en un posible compromiso, datara de una época tan temprana. Muchos años después, al trazar Gómez de la Serna la semblanza de la novelista ya famosa, se referiría, con su punta de ironía, a este modo de proceder de doña Emilia:

Era la escritora—el escritor—que tiene temporada de verano y temporada de invierno, y en el veraneo se iba a su Torre de Meirás y allí preparaba la cosecha de invierno que después depositaba en los bargueños de Madrid, en los cajoncitos de sacristía de esos contadores—que se llaman así porque se hacían en Bargas—como panales para los negocios humanos.

—¿Revista rosa? ¿Revista crudiza? ¿Número de final de año? ¿Cuento de carnaval? ¿Cuento de día de difuntos? ¿Cuento indoamericano?

Entonces doña Emilia, como un músico de órgano, tiraba del registro y sacaba el cajoncito correspondiente al cuento de circunstancias que le acababan de pedir.

Estos bargueños merecen destacarse, puesto que el biógrafo sabe bien de ellos. Doña Emilia, al recibir un encargo de cuento para una revista, estudiaba el caso⁵.

Por la época en que trazó el plan que nos ocupa, Emilia Pardo Bazán colaboraba con cierta frecuencia en la prensa, a la que enviaba, sobre todo, poesías. Por los datos

⁴ En la nota «Al que leyere», que aparece al comienzo de la primera edición de *San Francisco de Asís*, y que está fechada en la Granja de Meirás el 6 de septiembre de 1881, escribió: «Hará poco más de dos años comencé la obra que hoy termino, y la interrumpieron varios contratiempos, quebrantos en mi salud, viajes y trabajos literarios de índole muy diversa».

⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Nuevos retratos contemporáneos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945, pág. 144.

de que hasta ahora disponemos, antes de 1879 sólo había escrito tres cuentos: *Un matrimonio del siglo XIX*, que vio la luz en el *Almanaque de La Soberanía Nacional para 1866*; *La mina*, supuestamente inédito⁶; y *El príncipe Amado*, publicado en *La Niñez*, de Barcelona, en 1879. Su cuarto cuento conocido, en orden cronológico, es *El rizo del Nazareno*, que figura en este proyecto, y que se publicó en el tomo LXVII de la *Revista de España*, en 1880.

El proyecto contenido en este borrador ha de ser, por tanto, anterior a esa fecha.

Aunque el manuscrito recoge doce títulos, con el correspondiente resumen del argumento, más o menos desarrollado, la escritora deja espacio en el papel para añadir otros posibles, tanto a los ocho del siglo XIII, como a los cuatro del siglo XIX, por lo que el proyecto no quedó cerrado, sino abandonado, llegando a desarrollar y a publicar independientemente sólo una leyenda o cuento de cada parte: *El rizo del Nazareno*, de la del siglo XIX, y *La borgoñona*, de la del siglo XIII, que vería la luz por primera vez en *La dama joven* (1885).

La diferencia entre las leyendas del siglo XIII y las del siglo XIX no es sólo de orden cronológico, pues, como veremos, mientras las últimas son originales, las del siglo XIII tienen una fuente de inspiración común en las lecturas y la documentación que doña Emilia manejaba por aquel entonces para preparar su *San Francisco de Asís*, aunque el desarrollo literario sea completamente suyo⁷.

Las leyendas del siglo XIII

Refiriéndose a las partes del futuro tomo de leyendas, escribió doña Emilia en el dorso de la hoja manuscrita:

La primera contendrá:

El collar rojo: historia del conde borgoñón enamorado que en un oratorio degüella a su amada no pudiendo forzarla, y después vuelve creyendo asistir a sus exequias y la halla viva, radiante de hermosura, con solo un collar rojo alrededor del cuello. =

La borgoñona: La leyenda bien conocida de la escapada borgoñona franciscana que predicaba en traje de hombre =

⁶ A este propósito cfr. José Manuel González Herrán, «Un texto inédito de Pardo Bazán: ¿El cuento *La mina*?», en *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán. In memoriam Maurice Hemingway*, Santiago de Compostela, Universidade, 1997, págs. 171-180.

⁷ El espacio de este trabajo no me permite detenerme en el análisis comparativo de la leyenda de *La borgoñona* con su fuente cronística, que resulta verdaderamente interesante. Sólo corroboraré la verdad de las palabras de doña Emilia al comienzo de este cuento: «Así yo, desde que leí la historia milagrosa que—escrúpulos a un lado—voy a contar, *no sin algunas variantes*, viví en compañía de la heroína, y sus aventuras se me aparecieron como series de viñetas de misal, rodeadas de orlas de oro y colores caprichosamente iluminadas, o a modo de vidriera de catedral gótica, con sus personajes vestidos de azul turquí, púrpura y amaranto.» El subrayado de la cita es mío, y lo que va a continuación de esas palabras pone de manifiesto la capacidad fabuladora de la escritora, aun en el caso de recrear un argumento que no es original. Lo mismo puede aplicarse a los demás textos que comentaremos, con respecto a sus fuentes.

La pecadora: Sta. Margarita de Cortona=
La lepra: de la joven a quien quieren casar sus deudos y ella quiere ser franciscana y se halla cubierta de lepra=
El tálamo de fuego= La castidad del franciscano=
Las monjas de Tolemaida=
La magia de Alberto Magno=
La de las monjas difuntas que [salen del sepulcro y] rinden a su legítima [Ha tachado: priora la] abadesa la obediencia que le niegan las vivas (se puede cambiar el sexo).

Excepto de *La borgoñona*, no tengo constancia del desarrollo y publicación, como cuento o leyenda, de ninguno de los demás argumentos. Aun cuando les hubiera cambiado el título, ninguno de sus cuentos conocidos hasta la fecha responde a los contenidos que ella pergeña en breves pinceladas. Sin embargo, como veremos, aprovechó algunos insertándolos en su *San Francisco de Asís*⁸.

En el anverso de la página, cuando todavía no había decidido estructurar un volumen y sólo iba anotando posibles asuntos «para un trabajo literario corto», amplía un poco más los argumentos de alguna de estas leyendas. A la de la *La pecadora* apenas añade nada, aunque es curioso que utilice la palabra *leyenda* para referirse a lo que el cronista presenta como *historia* de santa Margarita de Cortona.

La pecadora

Se basará en la leyenda de Sta. Margarita de Cortona.

Pero sí amplía el argumento de *El tálamo de fuego*, concretando en la persona de San Francisco lo que en el esquema del futuro volumen llama genéricamente «La castidad del franciscano».

El tálamo [Ha tachado: La cama] de fuego

En la castidad de S. Franc^o con la mora.

Describir la noche del mediodía, pintar a un fraile joven y no del todo duro, a una mora que le solicita no p^a un pecado inmediato sino p^a una boda en tpo lejano. [Este desarrollo está añadido después de haber escrito lo que viene a continuación].

La historia de *La borgoñona* se encuentra en la Parte 2^a, Lib. I, cap. LVIII, fols. 132-140 de la *Crónica Seráfica*, redactada por el franciscano Damián Cornejo⁹, que

⁸ Incluso de *La borgoñona*, aunque luego desarrollara la leyenda, hace mención el capítulo XI de esta obra: «Quisiera asimismo poder referir las dramáticas leyendas, impregnadas de religioso terror, de Constanza Florentina y de la *Borgoñona*. Mas el asunto es vasto, y nombres insignes quedarán sin mención, que, siquiera de paso, la mereciesen.»

⁹ El primer tomo lo constituye la vida de san Francisco: *Chronica Seraphica. Vida del*

murió siendo obispo de Orense. Doña Emilia nunca ocultó su fuente de inspiración, pues el cuento comienza: «El día que encontré esta leyenda en una crónica franciscana, cuyas hojas amarillentas soltaban sobre mis dedos curiosos el polvillo finísimo que revela los trabajos de la polilla...» Y en el prólogo de *La dama joven* se refiere no sólo a esta historia, sino también a otras de la misma o parecida procedencia:

Al consultar los libros indispensables para mi *San Francisco de Asís*, encontré el asunto de *La borgoñona*, con otros muchos semejantes, que se destacaban de la monotonía de las crónicas, lo mismo que las letras mayúsculas de color descuellan sobre los negros y uniformes caracteres góticos de un viejo libro de coro.

Es el caso de *La pecadora*. En la misma crónica (Parte 3ª, capítulos XXXVII-L, fols. 243-275) se relata la vida de Santa Margarita de Cortona, terciaria franciscana, y anteriormente pecadora, una de esas santas penitentes que tanto le gustaban a doña Emilia. Apoya la suposición de que nunca llegó a redactar esta leyenda como tal el hecho de que no se publicara en *Blanco y Negro*, donde, entre abril de 1900 y noviembre de 1901, fue dando a conocer las vidas de diversas santas—entre las cuales figuran varias penitentes—después recopiladas por su hija Carmen, y publicadas en un volumen con el título de *Cuadros religiosos*¹⁰. Tal vez consideró suficiente el breve esbozo de la vida de santa Margarita, que, inconclusa, insertó en el capítulo XI de *San Francisco de Asís*¹¹.

glorioso patriarca san Francisco, y de sus primeros discípulos, dedicada al Excelentísimo Señor don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, Duque de Alva (...) Parte Primera, Año 1721. Madrid: En la Imprenta de la Viuda de Juan García Infançón. El tomo segundo está dedicado a santa Clara y otras santas de la Orden, y los siguientes volúmenes recogen la historia de la institución.

¹⁰ Reúne este volumen, editado por Pueyo en 1925, las semblanzas de Santa Casilda, Virgen; Santa Oliva de Palermo, Virgen y Mártir; Santa Teresa, Reina; Santa Verónica Julianis, Abadesa; Santa María Magdalena, Penitente; Santa Clara, Virgen y Fundadora; Santa Elena, Emperatriz; Santa Pulqueria, Virgen y Emperatriz; Santa María de Cervellón, Virgen y Fundadora; Santa Pelagia, Penitente; Santa Teresa de Jesús, Virgen y Fundadora; Santa Cecilia, Virgen y Mártir; y Santa Catalina de Alejandría, Virgen y Mártir. La semblanza de esta última está sacada del prólogo de *Dulce dueño*.

¹¹ «Al lado de la figura de Rosa [de Viterbo] (...) se destaca la de la rehabilitada cortesana, la Magdalena de la Edad Media, Margarita de Cortona. Toda la poesía dolorosa de la expiación que embellece a la arrepentida del Evangelio, se encuentra en la historia de Margarita. Libre y cortejada en su mocedad, vivió escandalizando a Albiano con devaneos, galas y amoríos, no velados por la prudencia, con un mozo noble, espadachín y libertino. Una noche esperó en vano al amante, que no acudía a la cita; turbada por la ausencia, guiada por los ladridos plañideros de una perrilla fiel, muy favorita del galán, rastreó las huellas de éste, y hallóle en un lugar desierto, bajo un haz de paja, cosido a cuchilladas, y ya fétido e hirviendo en gusanos. Cuando Margarita hubo dado rienda suelta a los sollozos, cortádose el cabello, pisoteado sus atavíos, pedido perdón a sus padres y a Albiano todo de su conducta, herido el rostro con las manos, arrastrándose a los pies de los hombres en demanda de piedad y redención, se encontró con que éstos, que liviana la festejaban, la rechazaban penitente; tuvo que sufrir injurias, repulsas del padre, fierezas de la madrastra, y al fin fue arrojada ignominiosamente de la casa paterna, con su hijuelo, para que mendigase el pan por los caminos. Entonces la desamparada mujer, estrechando en sus brazos al fruto de sus entrañas, se sentó bajo de un árbol, y miró al mundo, hallándose tan sola, que su alma

El argumento de *La lepra* procede de la misma fuente (Parte 2^a, Lib. I, cap. XLII, fols. 103-104). En el párrafo del prólogo de *La dama joven* donde se refiere a los asuntos que, como el de *La borgoñona*, se destacaban de la monotonía de las crónicas, menciona el de esta leyenda, y algunos otros que forman parte de proyecto que nos ocupa:

Ya es una doncella prometida a Dios, a la cual obligan a tomar marido y al ser conducida al altar se cubre de lepra; ya la momia de una abadesa muerta en olor de santidad, que se levanta del sepulcro y viene a presidir el rezo de maitines¹²; ya una cortesana que se convierte ante el cadáver de su amante cosido a puñaladas¹³; ya un fraile que trueca las zarzas en rosas con el contacto y la pureza de su cuerpo¹⁴... A este tenor pude recoger un rosario de leyendas hagiográficas, apiñadas como flores en vara de azucena, y embalsamadas con el vaho de incienso que comunica *La borgoñona* a este profano libro: aroma del éxtasis y de la bienaventuranza, despertador de las mismas ideas ultraterrestres que el claustro franciscano de Compostela, donde todo es paz y silencio.

La leyenda que doña Emilia tituló *El tálamo de fuego* es un episodio de la vida de San Francisco de Asís, relatado en la misma *Crónica seráfica* (Parte 1^a, Lib. II., cap. V, fol. 319). El suceso tiene lugar durante la sexta Cruzada, cuando San Francisco va a los Santos Lugares, y la escritora lo relata así en el capítulo VI de su obra sobre el santo:

Durante las jornadas de tan estéril viaje requirió de amores a Francisco bella y liviana moza egipcia; y al verla delante, con galano arreo, con halagüeña y blanda risa en los labios, en los ojos la lumbre del sol oriental, turbada la voz y pronunciando con modulaciones de sirena tiernos requiebros, Francisco asió a puñados los ardientes tizones del hogar, y esparciéndolos por el suelo y arrancándose el hábito, se acostó sobre las brasas, convidando a la moza a hacer de aquella cama de fuego tálamo de las nefandas nupcias propuestas. Y añaden los cronistas que llorosa y corrida la desenvuelta mujer, viendo sujetas a tal suplicio las carnes inocentes del

se despedazaba de dolor. Y en aquel absoluto abandono, vio de pronto ante sí al mismo Jesucristo, que le prometía ayuda, consuelo, misericordia. Al eco de la voz del Redentor, Margarita se alzó, y fue en busca de un asilo: lo halló en Cortona. Los franciscanos, desconfiando al pronto de la conversión de la pecadora, concluyeron por ceñirle el cordón de la Tercera Orden y admitir a su hijo en el convento. Margarita lloraba día y noche; estremecían sus horribles penitencias; intentó cortarse los labios para perder su peligrosa hermosura; públicamente se acusaba de sus extravíos, y cuando la gente la miraba con desprecio, exultaba, sintiendo el brazo de Jesús que la sostenía amorosamente. En los días solemnes de la Pasión, Margarita iba tras de Jesús por la vía del Calvario; experimentaba las angustias de las santas mujeres ante los tormentos del pretorio y de la Cruz; y, como Magdalena, preguntaba a cuantos hallaba por el paradero de su Amado.»

¹² Puede estar relacionado con el argumento de *Las monjas difuntas*.

¹³ Como hemos visto, se trata de santa Margarita de Cortona.

¹⁴ Aunque esta leyenda no figura entre las del manuscrito, se encuentra también de la misma crónica franciscana (Parte [tomo] 1^a, Lib. IV, cap. II), y doña Emilia relata el suceso en el capítulo X de *San Francisco de Asís*, titulado «La indulgencia de las rosas», ya que fue el santo quien protagonizó este suceso.

Santo, hubo de convertirse y dejarse catequizar y bautizar.

Un episodio semejante, también protagonizado por san Francisco, se relata en la misma crónica (Parte 1ª, Lib. IV, cap. VII). En este caso es Federico II quien, al alojar al santo en Bari, le tiende una celada. Al igual que en el caso anterior, Francisco invita a la mujer enviada por Federico II a acostarse en un lecho de fuego, en el que él se tiende, sin sufrir quemadura alguna. A la vista del milagro, la mujer se arrepiente. Apunta el cronista que todavía se conserva en el palacio de Bari la torre donde tuvo lugar este suceso.

La leyenda debió de hacerse muy popular, pues se cuenta también de san Telmo, y García de Diego la cataloga entre las Leyendas de Galicia¹⁵. Pedro González, por sobrenombre Telmo, había nacido en Frómista en 1185, y se educó con su tío, obispo de Palencia. Primero canónigo y luego deán de la catedral, no llevaba una vida muy de acuerdo con su condición. Convertido a raíz de una caída de caballo, ingresó en el convento de los dominicos y por su fama de santidad acompañó a Fernando III el Santo en sus expediciones contra los moros. En una de ellas, unos soldados que no le quieren bien contratan a una mujer para que seduzca al santo, y ella, con el pretexto de confesarse, penetra en su tienda. La reacción de san Telmo es semejante a la que se cuenta de san Francisco: prepara un montón de leña, le prende fuego, se tiende encima, e invita a la mujer a compartir el lecho ardiente, cuyas llamas no le quemaran. El episodio termina igualmente con el arrepentimiento de la mujer.

La leyenda de *El collar rojo*, aunque con argumento diferente, evoca inmediatamente la leyenda de Atocha o de Gracián Ramírez, que aparece en tantas obras sobre la historia de Madrid, e incluso en piezas dramáticas como *La patrona de Madrid*, de Salas Barbadillo. Ossorio y Bernard la recoge en el *Romancero de Nuestra Señora de Atocha*. En este caso sucede en el siglo VIII, cuando Madrid está en poder de los moros. Gracián Ramírez, noble madrileño que habita en un castillo fuera de los muros de la ciudad, es devoto de la Virgen. En una ocasión en que va a visitarla en su ermita, la imagen ha desaparecido. Al regresar a su casa, una luz brilla entre unas atochas, y allí descubre a la Virgen, a la que promete erigirle un templo en ese lugar. Pero cuando comienza a levantar los muros, los árabes, que piensan que construye una fortaleza defensiva, se aprestan a atacar. Antes de que pueda ocurrirles algo a su mujer y a sus hijas, en caso de que él muera, Gracián Ramírez las degüella. Con ayuda de la Virgen, los cristianos obtienen la victoria, y cuando Gracián Ramírez va al templo en acción de gracias, encuentra a su mujer y a sus hijas, arrodilladas ante la imagen, con un delgado collar rojo alrededor del cuello.

Episodios de este tipo también se cuentan en algunas historias de las Cruzadas. Lo mismo que el suceso que lleva a doña Emilia a planear la leyenda titulada *Las monjas de Tolemaida*, antiguo nombre de San Juan de Acre. La leyenda nunca la escribiría, pero no deja de relatarla, incluso con su moraleja, en el capítulo XI de *San Francisco de Asís*,

¹⁵ Vicente García de Diego, *Antología de Leyendas de la Literatura Universal*, Barcelona et al., Labor, 1953, tomo I, pág. 278.

titulado «San Francisco y la mujer»:

No obstante, a veces un suceso inesperado viene a descubrir la sellada fuente del heroísmo, que atesoran pobres y débiles mujeres en la paz y silencio de la clausura. Díganlo las Clarisas de Tolemaida. A fines del siglo XIII, cuando la cristiandad atribulada veía a los árabes recuperar el Oriente y posesionarse otra vez del Sepulcro santo, ayudados por la apatía de algunos príncipes y la torpe complicidad de otros, Malek-al-Aseraf, soldán de Egipto, asaltó la rica ciudad de Tolemaida, baluarte del poder occidental, y la tomó, a pesar de la briosa defensa que hicieron los caballeros Hospitalarios. En el momento de horror en que sesenta mil infantes y otros tantos jinetes musulmanes entraban a sangre y fuego por calles y plazas, la abadesa del convento de las Clarisas reunió a sus monjas, y dándoles ejemplo y enseñanza de cómo habían de burlar la brutalidad de los infieles, se cortó la nariz. Imitaron todas el sacrificio, y mutilaron y desfiguraron sus rostros con tal empeño, que al entrar los mahometanos y hallar en vez de bellas vírgenes, sangrientos y espantosos monstruos, no pensaron sino en pasarlos a cuchillo. Con harta razón dice un historiador de la Iglesia, que a haber mostrado los hombres el valor de estas monjas, no se perdiera la Tierra Santa.

De fuente semejante podría provenir *La magia de San Alberto Magno*, aunque no sabemos a qué hecho quiso referirse doña Emilia, pues la historia de este santo y hombre de ciencia, con fama de taumaturgo, ha dado pie a muchas leyendas.

En cuanto a *La de las monjas difuntas* nada puedo añadir a lo que cuenta doña Emilia, sino mi suposición apuntada en la nota 12.

Las leyendas del siglo XIX

Las leyendas del siglo XIX son sólo cuatro, y tienen en común que sus argumentos son originales y que se refieren a sucesos sobrenaturales, ya de carácter religioso, como *Los dos arquitectos* y *El rizo del Nazareno*, ya de carácter mágico, como *El microscopio del doctor Acutus* y *La novia del abismo*, con un fuerte poso de la literatura romántica en ambos casos.

Refiriéndose a lo que contendría esta parte de su tomo de leyendas escribió doña Emilia:

La 2^a = Los dos arquitectos

La novia del abismo

El microscopio del doctor Acutus

El [Ha tachado: rizo] bucle del Nazareno (un joven incrédulo entra tras de su novia la noche del jueves Santo, en una iglesia en que están expuestos los Pasos= Se emboba contemplando las imágenes y retablos= Cierran la iglesia y se queda allí. Entonces el vago terror le hace ver mil cosas y por último asiste a la ascensión del Nazareno al Calvario con la Cruz acuestas (sic)= Sin querer el joven va entre los sayones= Éstos arrancan un rizo al Nazareno y el joven lo

recoje (sic)= Al ver extender a Cristo sobre la cruz y clavar el primer clavo, se desmaya. La luz del día sigte le hace creer soñó: pero en su dedo está enrollado manchado de sangre, el rizo del Nazareno.

En el anverso de la hoja había esbozado los argumentos de las otras tres leyendas:

El microscopio del doctor Acutus

En Alemania—Un doctor viejo que se muere dejando en herencia a un joven deseoso de ciencia un microscopio terrible por el cual se ve todo, todo—El joven pierde las ilusiones—Examina en él una mano de mujer [muerta] (describirla bellamente) y le parece fea su prometida, Gretchen—No es feliz hasta que un azar (o Gretchen) hace añicos el fatal instrumento.

La novia del Abismo

Un pescador de estas costas padece una fuertísima tormenta, con su lancha cargada de gente—el Abismo le perdona si le promete darle su más cara prenda—Él tiene vagas sospechas, porque tiene una hija hermosísima—Ésta hace tiempo que está enamorada del Abismo—El abismo la reclama—el pescador tiene por fin que dársela—

Los dos arquitectos

Un archit° e ingeniero moderno muy sabio se empeña en restaurar una catedral—No acierta con los procedimientos—La estatua del archit° antiguo viene de noche a explicarle que no son los cálculos, sino la fe, el medio—No lo acepta el moderno y desesperado al ver que no acierta se pega un tiro.

Tanto a *El rizo del Nazareno* como a *Los dos arquitectos*—aunque en el caso del segundo sólo dispongamos de una breve síntesis argumental—cabe aplicarles las palabras que doña Emilia escribió en el Prólogo a sus *Cuentos sacroprofanos* (1899):

No me cansaré de repetirlo: no busquéis aquí lectura oficialmente piadosa. Sólo descubriréis en cada párrafo estas dos notas: una imaginación *católica*, fuertemente solicitada por la dramática belleza de los problemas de conciencia y de lo suprasensible, y una razón penetrada de que hay otra vida, de que somos más que barro, y de que no todo se acaba aquí.

En cuanto a la localización de la leyenda de *Los dos arquitectos*, me inclino a pensar que en la mente de la autora estaba presente la catedral de Santiago, donde, si no la estatua del arquitecto, sí que está la del Maestro Mateo, autor del incomparable Pórtico de la Gloria. Por las fechas en que bosquejaba estas leyendas, doña Emilia

reflexionaba sobre aspectos que trató en la Introducción de *San Francisco de Asís*, donde dedica varias páginas a las catedrales, «la más sublime expresión artística de la Edad media».

El rizo del Nazareno contiene el mismo mensaje implícito que *Los dos arquitectos*: la falta de fe ocasionada por el positivismo y el racionalismo decimonónicos. Es verdad que los cuentos de doña Emilia no suelen tener moraleja declarada, pero no lo es menos que muchos de ellos responden a una voluntad de la autora de poner el dedo en determinadas llagas, dejando al lector en libertad para sacar sus conclusiones. Como *Los dos arquitectos*, *El rizo del Nazareno* sucede en el interior de un templo, en esta ocasión en una fecha tan señalada como la noche del Jueves Santo. Su génesis parece encontrarse en una vivencia de la autora, que Paredes localiza en la coruñesa iglesia de san Nicolás, enriquecida con su imaginación, como cuenta en el prólogo de *La dama joven*, donde reimprimió, en 1885, *El rizo del Nazareno*:

En *El rizo del Nazareno* y *La Borgoñona* me he desviado del camino de la observación, pagando tributo a mis perennes inclinaciones místicas, al deleite difícil de expresar, y entretejido con dulces melancolías, que me causa la contemplación de objetos donde se revela y encarna el sentimiento religioso. Cierta noche del Jueves Santo, estubo a punto de sucederme lo que al protagonista del Rizo; quedarme cerrada en la iglesia, por embelesarme en mirar la severa y dolorida y sublime imagen del Divino Nazareno, que jamás he visto sin sentir devoción profunda, tal es el poder de sus mansos ojos y lo patético de su actitud. Esta efigie y la de la Virgen de los Dolores, que en el mismo templo se venera, gozan del privilegio de moverme a contrición en grado muy subido, y como son aquí las más amadas del pueblo, la atmósfera de la capillita y del camarín llamado de Dolores parece que está palpablemente saturada de oraciones fervorosas, en los días de Semana Santa. Y ríase quien se ría, que esto es tan *real* como *El indulto*.

La novia del abismo y *El microscopio del doctor Acutus* son el germen de dos cuentos fantásticos, que responden al paradigma de la leyenda romántica que magistralmente cultivó Bécquer.

Conclusiones

Emilia Pardo Bazán, que conocía muy bien las *Leyendas* de Bécquer, las tenía muy frescas en su memoria por las fechas en que trazó el plan de escribir las suyas. Baste como prueba el resumen de la leyenda de *El beso*, que inserta en sus *Impresiones santiaguesas*, publicadas en 1880 en *La Ilustración Gallega y Asturiana* y en la *Revista de Galicia*, que por entonces dirigía. Personalmente atraviesa una época de especial fervor religioso o místico¹⁶, de sensibilidad muy despierta hacia lo sobrenatural. Visita

¹⁶ Sobre esta etapa de su vida *cfr.* sus *Apuntes autobiográficos*, publicados en 1886, al frente de *Los Pazos de Ulloa*, y también mi artículo en el que doy a conocer «La primera redacción, autógrafa e inédita, de los *Apuntes autobiográficos* de Emilia Pardo Bazán», en *Cuadernos para*

con frecuencia el claustro del convento de san Francisco, en Santiago, anhelando una paz que no encuentra en otro lugar. En lo literario está buscando su propio estilo, pareciéndole arcaico el de *Pascual López*, a pesar de las alabanzas que recibe. Y comienza a escribir el *San Francisco*.

A consecuencia de la dolencia hepática que le diagnostican, y que la obliga a viajar a Vichy para tomar las aguas en septiembre de 1880, abandona la dirección de la *Revista de Galicia*, interrumpe la redacción de *San Francisco de Asís*, y deja inacabado el proyecto que nos ocupa.

Cuando regresa de Francia, con nuevas ideas sobre los rumbos que sigue la novela fuera de nuestro país, retoma el *San Francisco* y escribe *Un viaje de novios*, en un estilo muy distinto del de su primera novela. El proyectado tomo de leyendas también pertenecía al pasado. No descarto que alguno de estos relatos aún pueda aparecer entre las páginas de una publicación periódica de entonces. En la edición de los *Cuentos completos* de doña Emilia, preparada por Juan Paredes Núñez¹⁷, no figura ninguno publicado en los años 1881 ni 1882, y de 1880 sólo aparece *El rizo del Nazareno*. Su recuperación, además de proporcionarnos el placer de su lectura, corroboraría no sólo que Emilia Pardo Bazán es «el cuentista más prolífico del siglo XIX, y posiblemente de toda nuestra literatura»¹⁸, sino que se ocupó del relato breve desde los mismos inicios de su carrera literaria.

Investigación de la Literatura Hispánica, 26 (2001), págs. 305-336.

¹⁷ Emilia Pardo Bazán, *Cuentos completos*, La Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 1990, 4 vols.

¹⁸ «Estudio preliminar» a Emilia Pardo Bazán, *Cuentos completos*, ed. cit., vol 1, pág. 7. En nota, avala su afirmación con citas de Baquero Goyanes, Sáinz de Robles, Walter Pattison y Harry L. Kirby.